

ct

Filamentos de tiempo

de
Julio Fernández Peláez

(fragmento)

Al salir del sueño, MUJER JOVEN se reconoce en ese preciso instante en el que un raro vacío está a punto de tragar sus pensamientos. Se despereza y despierta lentamente. Recuerda con fulgor la tarde en que se produjo su sacrificio, cuando el sol caía en el abismo.

MUJER JOVEN lleva puesto un enorme vestido de tela manchada con tierra azul cobalto. Está descalza. Su expresión es melancólica. Saca de la nevera una taza de café y aspira su aroma. Mira de reojo a HOMBRE MADURO.

MUJER JOVEN se dirige a la ventana con los pasos medidos. Respira por primera vez.

MUJER JOVEN

Si el paisaje no estuviera donde está, la luz entraría aventando la oscuridad de esta casa. ¿Recuerdas? Hubo un tiempo, antes de que plantaran esos inútiles árboles, en el que crecían los escombros en el campo. Tiempos de bombardeos y de actividad frenética efervescente. Tú todavía eras feliz. Tú todavía eras rey. Dominabas el mundo. Tú, el señor de las batallas, temerario invasor de países enemigos. Teníamos hambre, hambre de honor, y de sangre. (*Largo suspiro*). Hasta ese día fatídico en el que tu propia esposa te dio muerte tú eras

HOMBRE MADURO

Estaba lleno de furia.

MUJER JOVEN

Ese mismo día, y sin permiso tuyo, él

HOMBRE MADURO

Él.

MUJER JOVEN

Mandó destruir toda la mierda que habías sembrado por el mundo y ordenó convertir el horizonte en deprimente verdor. Ya estabas muerto cuando llegó la paz, pero aún así tú gritabas día y noche y amenazabas con regresar a la vida para volver a ocupar tu sitio. Recuerdo que mirabas la hierba con repugnancia, te quejabas de que tarde o temprano se acabaría la libertad para destruirlo todo, como así ha sido. Sólo a veces tratabas de calmarte hablando por teléfono a solas. Hermosas conversaciones llenas de palabras fáciles, de dolor infantil, de sufrimiento por amor... (*Largo suspiro*). ¿Qué nos ha ocurrido?

HOMBRE MADURO

Tengo frío.

MUJER JOVEN

Es pánico a morir de verdad y para siempre, ¿verdad? Terror a la placidez y a la concordia, espanto ante la sola posibilidad de perder toda capacidad para el asesinato, para el asesinato.

HOMBRE MADURO

Tengo frío, tanta claridad me molesta en los ojos. Baja las persianas. Por favor.

MUJER JOVEN

No me hagas reír. Tú estás ciego desde que naciste. Te engendraron ciego, te abandonaron sin ojos para que pudieras gobernar con fe soberana la Tierra.

HOMBRE MADURO

Me fastidia tu pamplinería poética. (*Se remueve en el asiento*). ¿De dónde sacas todo ese lenguaje? Acércame una manta. Soy tu padre.

MUJER JOVEN

Tu espada acabó con cualquier atisbo de poesía. Tuviste una hija, yo, que mandaste degollar. ¿Todavía conservas el texto de aquella profecía patética? Dime, ¿dónde está el texto? Me gustaría leer un rato.

HOMBRE MADURO

Si pudiera, volvería

MUJER JOVEN

Ni se te ocurra desatarte.

HOMBRE MADURO

A ordenar tu sacrificio.

MUJER JOVEN

Querías dar ejemplo y lo diste, sí, lo diste. Cientos de miles de padres sacrificaron a sus hijos durante milenios. Si el antiguo rey lo hizo, ¡también nosotros podemos! La publicidad omnipotente gobernaba la cultura. No había programa de educación popular que no tuviera implícita aquella proclama: «Si el antiguo rey lo hizo, ¡también nosotros podemos!».

Si HOMBRE MADURO pudiera se movería con agilidad, pero su cuerpo está entumecido. Prueba a articular los dedos de sus pies.

Estira las piernas. Disfruta imaginando el placer que le produce oxigenar los músculos de sus extremidades.

HOMBRE MADURO usa un traje militar de camuflaje plagado de medallas. Los pulgares asoman por la boca de sus botas destrozadas.